

“SYMMETRIA”  
UNA EXPOSICIÓN DE ROMÁN HERNÁNDEZ

El espacio y la forma construyen la escultura. Sin espacio no existe la forma y sin forma no existe el espacio. Ambos elementos no existen en sí. La existencia de ellos no está en su esencialidad sino en la relación que la mente establece. En la pintura sucede que el espacio que limita el cuadro tiene dos dimensiones y la forma posee una tercera dimensión virtual no mensurable. En la escultura no existe lo virtual; de ahí la tangibilidad de espacio y forma y su mensurabilidad.

La percepción de la escultura tiene su centro en ella misma; es una percepción esférica. En la pintura, la percepción sólo se desarrolla en un plano y la percepción virtual crea la perspectiva. El espacio no existente se hace presente por medio de un acuerdo mental. Es una percepción en un plano y el observador es el centro de la forma del cuadro. Estas proposiciones denotan las diferencias que existen entre la pintura y la escultura.

La consideración axiológica, el juicio de valor, es también una contingencia mental acerca de los objetos pintura y escultura. Existen dos juicios de valor: el utilitario y el del arte. La vigencia del primero es secundaria. La vigencia del segundo deviene primaria cuando la mente crea en la escultura y la pintura, pongo por caso, la obra de arte. Obra es materia pura sin atributos y su misión es sustentar los calificativos. De, es una preposición conflictiva porque denota posesión, procedencia, contenido, cualidad, tiempo en el que algo sucede. Arte no sabemos con claridad qué es. La masa elocutiva de la frase “obra de arte” contiene pues un secreto y seguimos dialogando sobre su significado. En la construcción de la obra de arte el sentido de la materia viene dado por lo que la mente pone en ella transformándola en eso que nombramos arte. Más tarde se emprende el proceso de averiguación acerca de qué es lo que se ha de integrar en la materia para que esta devenga en arte.

La respuesta puede ser que el arte sólo tiene la finalidad en sí mismo; el arte es una cosa mental.

Escritas estas proposiciones ya podemos pasar a la percepción de la obra que Román Hernández expone con el título genérico de *Symmetria* en la ermita de San Miguel de La Laguna. Se trata primero de percibir y luego integrar en la mente lo percibido. Y el trabajo posterior consiste en el análisis de esta percepción.

Sabemos por Wittgenstein que un punto en el espacio es un lugar de argumento. De este modo los objetos que el escultor nos presenta constituyen los argumentos significativos del símbolo: la medida del cuerpo humano. Pero lo que yo hallo en esta exposición es precisamente es la mentira del número y lo apócrifo (increíble y falso) de la envoltura humana como medida del universo o como signo místico. Tratemos de las cabezas de arcilla y quedémonos con su ironía, es decir, con la representación contraria a lo que sería su verdad. Ninguna mayéutica es posible, nada se me hace consciente, nada sé antes de que el escultor me lo haga saber. Comienzo a entender su discurso cuando la arcilla se abre ante mí y se convierte en guardiana de vacíos o de instrumentos mágicos, es decir, imprevistos en la lógica sucesión de acontecimientos porque, “no hay en la lógica números privilegiados ni hay tampoco ningún monismo o dualismo filosófico”.

La argumentación agustiniana de la medida de las cosas no me sirve para el hombre ni para juzgar lo representativo. Por eso, ante las esculturas que Román Hernández ha edificado se me hace cierta una proposición contraria a la enunciada por el autor del *Tractatus*: “Nosotros nos hacemos figuras de los hechos”, por “nosotros nos hacemos hechos de las figuras”.

Esto es lo que sucede aquí, porque la carencia de lógica en la representación significa precisamente la esencia de la palabra arte y por ello es que me encuentro ante un lenguaje que se ha

construido ajeno a mi participación y que intento descifrar con la ayuda de mi imaginación y no con la ayuda de la lógica. He de decir también –y esta es una proposición personal únicamente- que la obra de arte me ha de producir un sentimiento de inquietud cuando la contemplo, de modo que he de advertir ese movimiento en mi consideración crítica de una obra para que consiga, además, interesarme.

Esto me ha sucedido en la visita a la exposición. La inquietud se basa en la soledad que a cada escultura pertenece; también al tiempo que le es propio, un tiempo antiguo que nos rodea apenas iniciamos el paseo por la ermita, y que ha sido trascendido y lleva también un cierto aroma a Giorgio de Chirico. Entonces me doy cuenta de que toda la sala es una escultura unitaria y que Román Hernández ha fabricado una “Gestalt”, que no hay partes en el todo, que los maniqués contemplan como yo desde su breve altura aquel universo clásico y surreal, en parigual manera.

Y que el visitante es una figura más cuando entra en el espacio del recinto, para pertenecer ya a la misteriosa estructura docente que aquello es.

Afirmo que, raramente, una exhibición de arte me ha preocupado tanto. No ha sido sólo la belleza de las formas, el comprender la maestría en la utilización del barro, la madera, el hierro, la selección de los elementos constructivos, el trabajo de la imaginación. Ha habido algo más: el tener la certeza de que me encontraba ante la obra de un escultor que no busca dentro del bloque de mármol lo que hay en él sino que construye en el espacio y con absoluta validez. Lo que en esto no hay: la imagen de esa paradoja en que el ser humano consiste.

Carlos Pinto Grote

Texto publicado por el *Diario de Avisos*, martes, 27 de diciembre de 1994, pág. 24